buz, ni ballesta, sino solas algunas espadas y rodelas, teníannos ya perdido el miedo, y llegábanse ya muy junto á flecharnos. Salimos á la mar por la boca del rio, y andovimos por una baya que hace el rio, muy grande, tanto que navegamos tres dias é tres noches con tiempo razonable, que en todos ellos no vimos tierra, nos parecia questábamos engolfados; y al cabo destos tres dias é tres noches (cogíamos agua tan dulce como del rio que se podia bien beber) vimos unas isletas pequeñas hácia la vanda de Sueste, é fuimos á ellas, é de allí, siempre venimos la costa en la mano, mariscando y buscando algunas cosas que comer, fasta que entramos en el rio de Panuco, ahí es donde fuimos muy bien recibidos de los christianos.—Luis Hernandez de Biedma (1).

Relacion de la jornada de Pedro Menendez en la Florida (2).

Memoria del buen suceso y buen viaje, que Dios Nuestro Señor fue servido de dar á la armada que salió de la ciudad de Cáliz para la provincia y costa de la Florida, de la cual fué por general el ilustre señor Pero Menendez de Avilés, comendador de la órden de Santiago. Salió esta dicha armada de la bahía de Cáliz jueves por la mañana, veinte y ocho dias del mes de Junio de 1565 años, y entró en la tierra é costa de las provincias de la Florida á veinte y ocho dias del mes de Agosto del dicho año.

(1) Este Biedma presentó la antecedente relacion en el Consejo de Indias, como dice al Rey el mismo Consejo en consulta de 1544, que está *Real Patr. Indias, leg.* 8, donde se dice que fué con Hernando de Soto por Fator de S. M. (*Nota de Muñoz.*)

(2) *Coleccion* de Muñoz, tomo LXXXVII.

Yendo navegando con buenos temporales, que Dios Nuestro Señor nos dió, desde el dia arriba dicho, venimos á reconocer las islas de Lanzarote y Fuerteventura, dende á cinco dias despues que partimos; y luego, miércoles á cinco de Julio, tomamos las islas de Canaria, que hay de navegacion, de Cáliz dellas, docientas y cincuenta leguas: allí estuvimos tres dias rehaciéndonos de agua y leña.

Luego el domingo siguiente, ocho dias del dicho mes de Julio, salimos de las islas ocho navíos de armada, en compañía de nuestro General, para ir en demanda de las islas de la Dominica, que son unas islas que están por conquistar, de indios caribes; y quiso nuestra desgracia que nuestra capitana, con un patache, luego aquella noche que salimos de las Canarias, se perdieron de nosotros y nosotros della, y anduvimos arando la mar dos dias porque nos juntásemos, y nunca nos podimos topar. Visto esto, mandó nuestro almirante que llevásemos la via derecha en la via de la Dominica, porque allí nos hallaríamos ú esperaríamos los unos á los otros. Viniendo en esta demanda, sucedió que una chalupa, en que venía el capitan Francisco Sanchez, empezó á hacer agua por abajo, de suerte que no la podian tomar; pidieron socorro y no se les pudo dar. El piloto, queriendo traer su navegacion derecha con los demas navíos, hasta llegar á tierra donde se remediarán, el capitan con los demas soldados pusieron mano á las espadas contra el piloto, porque los volviese á tierra, por el temor que tenian de se ahogar; el piloto no podia por causa del mucho temporal, acordaron de tomar la cuarta al Sudueste, yendo en demanda de tierra, y desta manera los dexamos y nos apartamos dellos, con harto trabajo y cuidado de

pensar de lo que dellos ha sido. Los demas navíos, que fueron cinco, han venido en conservacion, muy buenos temporales, bendito Nuestro Señor y su bendita Madre, hasta hoy viernes, veinte dias del dicho mes, que, como á las diez del dia, nos empezó á dar un temporal muy fuerte, y como á dos horas de la noche, se nos convertió en un huracan, el mas bravo y deshecho que los hombres han visto, de agua y viento, y la mar tan por el cielo, que nos queria comer vivos. Fue tan grande la turbacion y temor, que sentimos en el piloto y los demas, de nuestra perdicion, que me animé á predicar á mis hermanos y compañeros, representándoles la pasion de Nuestro Señor Jesuchristo, su justicia y misericordia, y aproveché de tal manera, que toda aquella noche no hice sino confesar á estos mis hermanos. Y truenos sobre nosotros, que nos mataban; la mar muchas veces entraba por la una parte del navío y salia por la otra. Ibamos ciento y veinte hombres encima de cubierta, porque no habia otro lugar donde poder estar, porque sola una cubierta, que tenia, con el vizcocho ocupada y los demas mantenimientos y agua y vino; y vímonos en tan gran peligro, que convino alijar el navío, y echando muchas pipas de agua á la mar, y el fogon con siete piedras que llevábamos para hacer molinos, y echáronse la mayor parte de las maromas y cables gruesos que tenia el navio; y con todo esto no montaba nada, é todavía nos íbamos hundiendo, y determinaba el Almirante de echar todas las cajas á la mar. Y fue tan grande el llanto de los soldados, que me obligaron á casi ponerme ante él de rodillas, que no lo hiciese, sino que esperásemos en la gran misericordia de mi Dios; y él, confiando en esto como buen cristiano, las dejó. Y

cuando Jesuchristo nos envió su luz, entendíamos que habíamos resucitado, y aunque no era menos tormenta la del sábado que la de la noche pasada, consolábanos la luz, pero cuado nos llegó la noche y nos víamos en el mismo aprieto, pensábamos perecer; y yo predicándoles toda aquella noche y esforzándoles en la fée de Nuestro Señor, nos amaneció el domingo. Alegrámonos tanto con la luz, cuanto del caso V. M. podrá entender: durónos todo el domingo hasta el lunes siguiente á medio dia, que Nuestro Señor Dios fue servido de usar de su misericordia y clemencia con nosotros, enmendar á los aires y mar tan fuerte á calmar su ira. Entenderse há que, cuando nos empezó á dar, íbamos cinco navíos en conserva, y aquella misma noche la braveza del huracan echó á cada uno por su parte, que nunca mas nos vimos, hasta en cabo de tres dias, que una mañana vimos venir un navío, y reconocimos ser de nuestra conserva, aunque al principio nos temíamos fuese francés.

Quedaron los juicios de los que allí íbamos tan cansados y tan asombrados de ver lo pasado, que los pilotos no sabian tornar á tomar la vía de su navegacion; y al fin alumbrados por la mano del Espíritu-Santo, mandaron encaminar al Ueste, cuarta del Sudueste, y venimos á reconocer tierra de las islas de la Deseada. Hoy domingo, dia de Nuestra Señora de las Nieves, cinco de Agosto, yendo arribando sobre ellas, nos dió un aguacero con un tiempo de vendabal, que nos hizo ir arribando sobre la Isla de la Dominica, tierra de indios caribes. Tomamos el puerto lunes en la noche, como á las nueve, y echada el áncora, luego nuestro Capitan mandó esquifar el batel de sus marineros, y tomaron botijas y fuéron á tierra por agua, porque veníamos muy necesitados della. Y un mo-

zo mio, italiano, que con ellos salió, yendo por la montaña por descubrir el agua, con la luna muy clara que hacia, descubrió debajo de un árbol una tortuga, la cosa mas grande y fiera que hasta hoy han visto los hombres; y al principio, como ella se meneó, entendieron ser alguna serpiente ú cosa que los ha de matar hubiera, y dieron de huir para la mar, donde tenian el batel; y como iban seis hombres, parecióles que no hacian el deber, y tomando cada uno su remo y otros palos, volvieron para el lugar donde la habian visto, y hallaron ser como tengo dicho tortuga. Llegáronse á ella, y con los remos y con la mayor diligencia que pudieron la quisieron volver la barriga arriba, ella dió de huir para se les meter en la mar, y al fin no pudo tanto como ellos, que la prendieron y ataron por una pierna y la truxeron á bordo del navio; y otro dia para la deshacer eran menester seis hombres. Tenia en su vientre quinientos huevos y mas, de la mesma forma y manera que los de las gallinas, con sus yemas y clara, salvo que son redondos como una pelota con que juegan los niños y del mesmo tamaño, y su pece y gusto que tiene, es de la forma de carne de ternera, especialmente cuando se come asada: estas se crian en la mar, y de noche salen á tierra á dormir, y cuando estan ovadas como esta, ponen sus huevos en tierra y cúbrenlos con la mesma tierra, y acabo de cierto tiempo, salen los pollillos y vanse para la mar donde se crian.

Luego, mártes por la mañana, mandó el señor Almirante esquifar la barca y saltar los marineros, para hacer agua y leña, y díxome á mí que si queria ir á tierra que fuése, pero que mirase lo que hacia; y yo deseoso de la tierra, no tuve cuenta con los inconvenientes que pudieran suceder; llamé á un mozo mio, italiano, y mandéle

que tomase media docena de camisas que iban súcias con otros paños, y dile un ladrillejo de jabon para que en tierra las lavase, como lo hizo muy bien. Y hice que hinchesen cincuenta botijas de agua muy buena que hallé en la montaña y envié el barco; mientras que mi mozo con otros cuatro hombres que quedaron lavando sus ropas, fuime yo á hácia unas peñas, que estaban á orilla de la mar, y por mi concerto me andaba cogiendo un poco de marisco que habia en abundancia, alzando los ojos, vi bajar por una ladera de una sierra tres hombres en cueros, y como yo estaba en tierra de enemigos, cierto tuve que fuesen caribes, apreté los piés con la mejor diligencia que pude y fuime para donde estaba mi compañía, y hágolos salir á todos y tomar media docena cada uno de guijas, y salímoslos á recibir, yéndonos los unos á los otros allegando, hasta que nos podíamos entender; dieron voces que eran de los nuestros, que no fue para mí de poco contento, por el peligro que yo y los demas pudiéramos correr. Fue el caso que cuando yo con los demas saltamos en tierra, el Almirante no dexó saltar á ninguno de los demas, y como los pobres iban tan deseosos de poner los piés en tierra, acordaron cinco soldados de se echar á nado para ir donde yo estaba, y al parecer entendíase poca distancia haber del navío á la tierra, y era mucho mas de lo que parecia, y la corriente del agua grande; por manera que, de los cinco, los dos se ahogaron y los tres fuéron á pié por la sierra, hasta donde yo estaba, y estos, como iban en carnes, entendí ser celada, de caribes. Híceles hacer mas de cien botijas peruleras de agua y mucha leña, y recogímosnos al navío como á las cuatro de la tarde deste mesmo dia. En la mesma hora nos refrescó un viento, que cuando el miércoles

por la mañana amaneció, nos hallamos sobre la Isla de Monsarrate, que hay de donde salimos á ella treinta y cinco leguas: entenderse há que desta á Canaría hasta la Isla de la Dominica, que arriba tengo dicho, hay de navegacion ochocientas leguas: adelante destas Islas, hay otras muchas, que han por nombre los Sanctos, y otra Guadalupe, y otras las Vírgenes: esta tiene al parecer mas que doscientas leguas de box, es tierra muy fragosa, inhabitable.

Jueves, nueve del dicho mes de Agosto, como al medio dia, reconocimos tierra de la Isla de San Juan de Puerto Rico; y como fue anochecido, mandó nuestro Piloto tomar todas las velas, porque no anduviésemos, á causa de muchos bajos que tiene entre de sí la dicha Isla y y puerto. Venida la madrugada, refrescó un poco el tiempo; diéronse las velas, y con un dia muy claro y á nuestro contento, llegamos al dicho puerto de Puerto Rico el viernes, dia del bienaventurado S. Lorenzo, como á las dos de la tarde. Entramos, y dentro del puerto hallamos surgida nuestra nao capitana, con un patache que en su compañía se apartó. Fueron tan grandes los gritos de la una parte y de la otra de alegria alabando al Señor de habernos hallado y juntado, que no lo puedo figurar ni significar el como ello fue; luego fuéron los capitanes y alférez á visitarnos, y los regocijamos con algunas conservas y otras cosas que traia. Este mesmo dia saltamos en tierra el señor Almirante y yo, y fuimos á visitar al señor General, del cual fuimos muy bien recebidos, con todas las buenas caricias que aquí podria significar; y visto que á la noche no acudia á cenar, por no habérmelo mandado, otro dia me envió á llamar y me mandó aposentar en una buena casa, y que no le perdiese tabla;

agradecilo y dí las gracias como era razon, y lo hize ansí. Estuvimos en este dicho puerto cuatro dias, que los tres no hizo otra cosa el tiempo sino llover; y el quinto, que fue miércoles quince del dicho mes, y dia de Nuestra Señora, nos embarcamos, como á hora de las diez. Rehurtaron en este pueblo y escondiéronse mas de treinta hombres, entre los cuales fueron tres clérigos, de siete que veníamos, que, muertos ni vivos, no se pudieron hallar ni descubrir, de lo cual el General, mi señor, estuvo muy sentido y apasionado y yo no menos, porque ha de ser harto trabajo para mí. Es cierto que en este puerto se me ofreció capellanía, de un peso de limosna por cada misa que dixese, sin que me faltase todo el año; no lo hice porque no se dixese de mí lo que oigo de los otros, y tambien y por que es pueblo donde no se puede medrar mucho, y por ver si trueque de mitra bajo, Nuestro Señor me quiere dar alguna ventura siguiendo mi jornada, porque entendido tengo de servir á mi Dios y á Nuestra Señora, su bendita madre. Y los hombres que aquí estan ricos es por ganado vacuno, que hay hombre de veinte mill y treinta mill vacas y otras tantas yeguas, por cuarenta pesos de mala moneda, que hacen ciento y veinte reales de España; y valen ansí, porque no son para servicio, por no haber en qué, sino es para en casa en lugar de burricos y para sacar algunos potros; como pues del ganado vacuno, sino es de los pellejos, no se sirven ni les valen otra cosa; y vale un cuero once ó doce reales desta tierra; digo esto, por haberme persuadido que me quedase allí en este pueblo. Nos costaba al señor Valverde y á mi una azumbre de vino, y no muy bueno, ocho reales desta tierra; rehecimos algunos regalos para por la mar, donde fueron muy buenos, tasajos

y naranjas, limas y patatas, cañadulces, hezimos una docena de lenguas de vaca, con ciertos lomos de dentro en cecina; y hecimos esto porque cuando ya llegamos allí, entendí las necesidades que se padecen por la mar.

De la tormenta que en lo de atrás tengo significado que padecimos, parece que la nao capitana, como se halló mas á tierra al tiempo que el huracan se levantó, tratóla muy mal y de suerte, que habiendo de ser todos confesados esperando por momentos la muerte, vino una fuerza de tan gran viento, que les arrancó el mástel del trinquete con la vela y todas las járcias; y como dió con todo ello á la mar y quedaron muchas de las járcias asidas de las amarras donde estaban atadas, hacia pender tan á la banda, que por dos veces vieron la gavia del mástel mayor debajo del mar; juntamente con esto, les rompió cierta parte de las obras muertas; arrancóle tambien el mástil de la vela de la gavia, ques lo mas alto del navío; y visto ser perdidos y sin remedio de dar vela, dejáronse estar, gobernando contra las ondas lo mejor que podian, hasta que Dios proveyó de misericordia que pudieron arribar á este dicho puerto, donde se han aparejado lo mejor que se ha podido.

En este dicho puerto de San Juan de Puerto-Rico compró el señor General un navío, para poder llevar cincuenta hombres que el Rey mandó que se hiciesen en esta Isla, con mas veinte y cuatro caballos que aquí se compraron; y el mismo dia que salimos del puerto se anegaba el navio y venia tan á peligro, que les convino, para poder escapar la gente, alijar el navio de muchas cosas que parecian traian, y visto que aprovechaba poco, acordaron de dar trás los caballos, y echados á la mar y muertos fueron veinte y tres, que solo uno vino á esta

tierra de la Florida vivo, y con esto se remediaron. Este mismo dia se partió un barco grande, en demanda de la ciudad de Santo Domingo, por mandado del General mi señor, para que se embarcasen cuatrocientos hombres que allí estaban echos por mandado de S. M., y que á toda priesa viniesen la vuelta deste puerto donde al presente estamos.

Denantes que saliese la armada de España, por mandado de S. M., se enviaron tres carabelas de aviso, cada una de por sí en diferentes tiempos, venian á Santo Domingo y á la Habana, mandando S. M. lo que se habia de hacer y la órden que se habia de tener para cuando nosotros allegásemos y pasase la segunda carabela, que salió con muchos pellejos cerrados y cartas dando avisos de lo que se habia de hacer; que viniendo cargado de otras muchas cosas, y muy buenas cosas, salieron á ella, sobre la Isla de la Mona que es ya tierra de Santo Domingo, un navio de franceses; que eran destos mesmos nuestros vecinos, y la combatieron hasta que la rindieron y entraron dentro; los tomaron todos los papeles y leyeron todos los avisos y órden que se daba para la conquista de la Florida, tomáronles todos los papeles con todo lo demás que les pareció y dixeronles que se fuesen norabuena á Santo Domingo á dar sus avisos, que ellos se irian á la Florida á dar aviso á los suyos, y que tan presto pensarian estar ellos en la Florida como la carabela en Santo Domingo, y desta manera se apartaron los unos de los otros.

Viernes diez y siete del dicho mes de Agosto, como á las cuatro de la tarde, llegamos á vista de la tierra y Isla de Santo Domingo, y nuestro General, atreviéndose á la misericordia de Dios y su buena ventura, mandó en aquella mesma hora, mandó á la nao Almiranta que toma-

se la vuelta del Norte y que embocase por una canal harto peligroso y por donde hasta hoy nadie ha navegado; y el Almirante, aunque triste y todos los demas que veníamos, no podíamos dejar de no obedecer lo que nuestro General nos mandaba; y ansi como embocamos, fue tan grande el enojo en la mar y las olas tan hinchadas, que nos querian comer, y la causa era venir atravesados y forzando con las mismas olas: luego el Almirante me mandó que animase á los soldados con algunas buenas oraciones y otras cosas que les dixesen, con que se consolaron y toda aquella noche venimos con aqueste trabajo.

El sábado por la mañana, que se contaron diez y ocho, cuando amaneció, nos consolamos, yendo navegando, dimos en medio de la mar con unos bajos, que las mesmas ondas quebraban en ellos, y todos los pilotos vinieron echando sus sondas, mirando el fondo que habia para poder navegar, y á partes hallábamos cuatro brazas y en otros cabos á menos, y en obra de dos horas, enantes que nos anocheciese, venimos en reconocimiento de una Isla inhabitable, llamada Aquana, muy baja, y fue Dios servido que así los bajos como la isla nos tomase el dia sobre ellos, para que lo pudiésemos ver y aguardarnos de los peligros; que cierto como ello fue de dia por permision de Dios y su bendita Madre, fuera de noche, no podíamos dejar no destrellarnos en cualquiera parte dellas. Visto el peligro y que ninguno de los pilotos, que en el armada venian, entendian esta tierra ni navegacion, acordaron de amainar la velas y junto á esta Isla, porque no osaron caminar de noche, porque no nos perdiésemos. Cuando el domingo por la mañana amaneció, que se contaron diez y nueve del dicho mes, el primer navio que dió á la ve-

la fue el Almiranta en que yo venia, por quel capitan y piloto que esta nao regia entendian bien lo que al viaje convenia. Y juntáronse con la Capitana, y hallaron al señor General y le dixeron que no traia buen viaje; y él todavia mandó que prosiguiesen con lo que él tenia mandado, y lo mismo hicieron todos los demas capitanes y pilotos, ansi mesmo á todos mandó seguir el viaje que tengo dicho; y todos iban dello muy tristes, por ver el gran peligro en que por momentos se veian, á causa de los muchos bajos que é cada paso topaban. Este mesmo dia tuvimos vista de otra isla, ansimesmo baja y tambien inhabitable, con muchos bajos y peligro que en derredor de sí, que tenia por nombre Capuana; y fue Dios servido que con dia la pasásemos, y nos guardamos de todos los peligros que en ella habia. La tarde deste mesmo y cerca de la noche, se fue á juntar la nao Almiranta con la Capitana, y el Almirante y su Piloto se declararon mucho con el Señor General, y casi por razones le dieron á entender que no iba seguro en proseguir el viaje por la via que llevaba; y él, todavía con sus trece, mandó el señor General á los capitanes y pilotos que la noche siguiente todos los navios tomasen la delantera á la nao Capitana, para se guiarla del peligro de los bajos; y visto el mal gusto que todos llevaban, por ir navegando por parte donde no se entendian, en escureciendo la noche, todos los navios se quedaron por la popa de la Capitana y la echaron por delante, para que ella, que sola queria esta navegacion, los asegurase á todos.

Lunes veinte del dicho mes, cuando amaneció, nos hallamos todos surgidos, porque la nao Capitana surgió como á la media noche por el temor de los bajos, y ansí todos con ella; luego que fue de dia, el dicho lunes, re-

conocimos otra isla, que hallamos por la proa, y que bogaba mucho tambien baja, y de aquí adelante se enmendó la navegacion, digo acerca de los bajos, porque hallamos pocos y á esta causa íbamos con algun poco de mas descanso.

Ayer domingo por la mañana llegó un batel de la nao Capitana á nuestro bordo, para unos caballeros amigos mios, y por ella se decia como el General mi señor habia hecho y elegido otros ocho capitanes con sus alférez y sargentos, sin cuatro que de España salieron. Y cada capitanía ha de ser de cincuenta hombres y ciertos caballeros para correr la tierra, y con esta nueva recebimos todos contento y pasó ansí.

Este mesmo dia lunes, como á las nueve del, dia se juntó el navío Almirante con la Capitana para saludarla como es costumbre, y el señor General mandó á nuestro Capitan que á todos los soldados se les diesen sus armas para que las aderezasen y las tuviesen prestas. Vista la determinacion del señor General acerca de la navegacion, que arriba tengo referida, entré en mi cuenta y es cierto que le entendí los pensamientos sin haberlos querido comunicar con naide. Ya V. M. se acordará, cuando yo en esta tierra estaba y el armada se andaba haciendo, que fuí á verme con el General, mi señor, al puerto de Sancta María, y dixe que me habia mostrado una letra de mi Señor y Rey D. Phelipe, firmada de su nombre, en que le decia como á veinte de Mayo del dicho año habia salido de Francia siete navíos con setecientos hombres y docientas mugeres, y en San Juan de Puerto Rico hallamos nuevas de como habian tomado la carabela de los avisos que arriba tengo referido. Y visío esto, de como la mar habia desbaratado nuestra armada y que no se halló

en este puerto mas de con cuatro navíos, de diez que salimos de Caliz, y otro que allí compró para tomar caballos y la gente que en aquel puerto se hizo, y todos no muy bien apercibidos, entendió, como hombre de guerra, que le habian los franceses de estar esperando en los puertos de adelante, que es Monte-Cristi ú la Habana ú el Cabo de la Cañas, que es toda una mesma costa y derechamente el camino para la Florida, especialmente que los avisos que los tomaron se decia que en la Habana nos habíamos de ir á juntar. Pues para no toparse con ellos, por causa de la poca defensa que llevábamos en haber perdido nuestros navíos, y acordó de tomar la derrota hácia el Norte, que es casi tornar á tomar la vuelta de España aunque por diferente navegacion, y de otro bordo embocar por la canal de Bahama como lo hizo, y desta suerte presumió dejarlos á barlovento, si acaso lo estaban esperando. Y despues que yo comuniqué esta presuncion con el señor Almirante y Piloto, dixeron ser muy gran verdad, y que no podia haber otra causa ú razon por dexar la navegacion derecha que habia de llevar, que era por la Habana, y entendido, como tengo dicho, por la carta que él me comunicó en el puerto.

Prosiguiendo como tengo dicho por su navegacion, con tanto peligro como tengo significado, por causa de tantos bajos como por delante hallamos, fue Nuestro Señor servido de traernos á salvamento, hasta hoy domingo veinte y seis del dicho mes de Agosto, que llegamos en reconocimiento de dos Islas, una enfrente de otra, que nombraban las Islas de Bahama; y eran tan grandes los bajos que entre estas Islas víamos, que en medio de la mar reventaron las olas, y mandó nuestro General á todos los pilotos que viniésemos sondando para ver el

hondo que habia; y una nao, que se compró en Puerto Rico, se vido este dia mesmo en dos brazas y media de agua solamente, que pensó quedarse allí. Luego incontinente dió la vuelta á barlovento y volvió huyendo de los bajos, la vuelta donde nosotros estábamos. Nuestra nao Capitana, con ser de las mayores que hoy navegan, se halló este mesmo dia, como á la prima noche, en tan poca agua, que dió por tres veces con el plan en el suelo tan grandes golpes, que pensaron ser anegados, porque entendieron que se abriera por abajo; pero como esta empresa es de Jesuchristo y de su bendita Madre, luego, á dos golpes de mar que les dió por la popa, la echó fuera; y luego adelante se halló en seis brazas y poco mas adelante en diez y doce. Y desta manera hemos venido hasta embocar por la canal de Bahama, por donde embocamos este mesmo domingo como á la media noche; y aunque este mesmo dia habíamos traido algunas calmas con hartos y muy grandes aguaceros, fue Dios servido que luego que embocamos la canal nos refrescó el tiempo como hasta las nueve del dia adelante, que fue lunes, que nos dió calma. Y visto el señor General que no navegábamos, nos envió el batel de la Capitana con media docena de botijas de vino y otros regalos. Visto el señor capitan Patiño y el señor capitan Diego de Amaya, que es el piloto mayor que la mañana almorzó conmigo allá en Xerez, que el batel venia, pidieron al señor General que se querian venir á holgar conmigo, y así les dió licencia y estuvieron conmigo todo aquel dia, lo mejor que pude.

El sábado á las tres, antes de lo que tengo referido, que se contaron veinte y cinco del dicho mes, vino el señor General á nuestro navio á visitarlo y á traer a-

tillería para el tiempo de la entrada de la Florida, en que truxo dos pasamuros y dos versos y pólvora y pelotas y dos lombarderos. (1) Y despues de haber proveido su navio, se sentó y hizo un parlamento, declarándose de lo que habíamos de hacer en llegando al puerto donde están los franceses; y por no ser en esto largo, que habia bien que escrebir segun el pró y contra que hubo, pero la resolucion sola del General fue, con que estuviesen dos mill franceses en el puerto, que habíamos de entrar por medio, rompiendo; y yo le repliqué acerca desto y le encargué la conciencia y que mirase mill ánimas que traía á su cargo, que diese buena cuenta dellas; y de aquí pasamos á otras cosas, que por ser largas, las dexaré para el cuando nos veamos, siendo Dios Nuestro Señor servido y su bendita Madre. En este mesmo dia, sábado, acabado el razonamiento, me llamó el señor General y me dixo estas palabras formadas: «Hánme dicho queteneis aquí un pariente vuestro.—Dixele: señor sí.—Pues si yo lo supiera, cuando elegí los capitanes, yo lo acomodára muy bien, pero no lo supe hasta que de vuestra parte me lo dixo Diego de Amaya, y entonces tenia por proveer la gineta de sargento de la capitanía del capitan Mexia, que es un caballero principal; recebidla hasta que se ofresca otra cosa que mejor sea.» Yo le pedí las manos para se las besar, y llamé al señor Valverde para que le viese y se lo agradeciese, y holgó el señor General con la dispusicion de la persona; por ma-

(1) *Pasamuros*, deben ser á modo de arietes, para batir los muros.—*Verso*, culebrina de poco calibre.—*Pelotas*, balas de hierro, plomo ó piedra.—*Lombardero*, cañon á modo de lombarda ó culebrina; aunque tambien se aplicaba este nombre al soldado que tenia á su cargo dirigir y disparar las lombardas.

nera que el señor Valverde, sargento y oficial del Rey, para cada y cuando que hubiere que repartir, no aprovechará el oficio poco, allende del merecer su persona, y si ello hace bien y da buena cuenta de si, es asiento para de allí subir á Capitan, que yo lo haré y veré, sino me muero.

Lunes veinte y siete de Agosto, viniendo navegando y casi como á la salida de la canal de Bahama, nos mostró Nuestro Señor un misterio en el cielo, y fue que, como á las nueve horas de la noche, salia una cometa del cielo, que nació casi de encima de nosotros hácia la parte del nacimiento del sol, y fue dando tanta lumbre de sí, que parecia el sol, y fue corriendo hacia la parte del Poniente, que es á donde está la Florida, y duraria tanto su resplandor como la distancia que se podrian decir dos credos; tuvímoslo por buena señal, segun lo trataban los hombres de la mar.

Luego, martes veinte y ocho del dicho mes amanecimos con una calma tan grande, cual nunca hemos tenido desde el dia que empezamos á navegar; y estábamos nosotros de la nao Capitana y de las demás, distancia de legua y media, y estando harto fatigados y yo cansado de rezar y pedir á Dios y á su Madre remedio de tiempo para salir de aquella fatiga, como á las dos de la tarde, proveyó mi Dios de su misericordia y nos envió un temporal tan bueno, que luego con todas velas nos venimos á juntar con nuestra Capitana. Y esto que agora diré y lo tengo por milagro, que en la hora que estábamos en la calma y aun cuando nos juntamos con los demas navios, ninguno de los pilotos del armada sabia ni entendió donde estaba, y habia algunos que decian que estábamos mas de cien leguas de la Florida; y per-

mitió Dios y los ruegos de su bendita Madre questa mesma tarde reconocimos tierra. A ventura de reconocer la tierra que era, se fué allegando para ella, y surgió con una legua de tierra, y ansí todos los demás, y hallámonos en la mesma Florida y no lexos de nuestros enemigos, que fue para todos nosotros grandísima consolacion y alegría. Está noche mandó nuestro General llamar todos los pilotos, y se fueron á juntar á la Capitana, para tratar de lo que se habia de hacer.

Otro dia, veinte y nueve, luego como fue de dia, la Capitana con todos los demas navios alzaron ferro, y fueron por la costa en busca de nuestros enemigos ó de algun buen puerto donde se pudiese desembarcar la gente.

Jueves treinta del dicho mes, nos dió un tiempo por avante, que nos hizo echa el ferro; y estuvimos con tiempos contrarios cuatro dias, que no pudimos navegar adelante; y cuando esto faltaba, nos venia unas calmas que moríamos. Estuvimos todos estos dias surgidos, y como legua y media; la Capitana estaba delantera de nosotros como una legua, que no podíamos arribar á ella por la mucha corriente que habia. Visto el General, mi señor, que los pilotos que traíamos ni los dos franceses que en nuestra compañia venian presos, que eran de los mesmos que están en el puerto, no sabian dar lumbre del puerto, por las pocas señales que la tierra tiene, á causa de ser la costa tan baja y llana y falta de señales, acordó de echar cincuenta arcabuceros en tierra y ciertos capitanes. Hicieron muchas hogueras, porque los indios se alborotasen y acudiesen á ver lo que era; ellos, como son tan bestiales, no curaron dello ni acudió ninguno. Visto los nuestros esto, metiéronse la tierra aden-

tro, y cuatro leguas de allí, dieron con un pueblo de indios, de los cuales fueron bien recibidos y les dieron bien de comer y les abrazaron y les pedian de lo que traian; y los soldados fueron tan honrados, que les dieron muchas cosas de las que llevaban, y ellos les dieron dos pedazos de oro, aunque no muy bueno de quilates, pero basta esto para entender que hay y tratan; y ansi nos lo dicen los franceses, que nosotros traemos, que los han tratado muchos dias. Quisieran los indios que los cristianos se quedaran allí aquella noche para festejarlos, y ellos no lo aceptaron, por venir á dar aviso de las buenas nuevas á nuestro General.

Visto nuestro General la regocijada nueva, acordó luego por la mañana, sábado primero dia de Setiembre, de salir en tierra y caminar para donde estos indios estaban. Y llevólos muchas cosas de lienzos y cuchillos y espejos y otras menudencias, desta suerte, para ganarles la voluntad y que diesen lumbre donde estaban el puerto de los franceses; el uno de los franceses que tengo dicho entendia la lengua, (1) y dixeron que atrás los dexábamos como cinco leguas, que era el mesmo lugar donde Dios no trujo cuando llegamos á vista de la tierra; y el hierro de no haber dado con ellos, fue no echar gente en tierra para reconocerla, que luego dábamos con ellos y los tomábamos harto descuidados.

Mártes cuatro del dicho mes de Septiembre, salió el armada deste lugar que tengo dicho, y volvimos la vuelta del Norte por la mesma costa; y luego miércoles en la tarde, ansi como dos horas antes que el sol se pusiese, tuvimos vista de cuatro navios de franceses, que estaban

(1) Por el sentido, parece que falta aquí que el francés preguntó donde estaban los demás navíos.

á la boca de un rio, y desque estuvimos los unos de los otros como dos leguas, se juntó nuestra Capitana con su armada y la recogió muy junta, que eran otros cuatro navios sin la Capitana. Y se habló el General con los demás capitanes y pilotos, y mandó que el Almirante con otra chalupa embistiesen con la Almiranta de los franceses, y nuestra Capitana con otro bajel con la Capitana de Francia, que á mi ver eran dos navios muy principales y de muy gran costado. Y todos los de nuestra parte, puestos muy bien en órden y con grandes ánimos, por el buen talante y gran diligencia que sentian en su buen General, fuéron acometiendo en seguimiento de su Capitana; pero como nuestro General es tan cuerdo y tan astuto en la guerra, no los tiró ni los hizo otro mal, mas que irse derecho á la Capitana francesa, y surgió como ocho, pasos della, y los demás navios por la parte de sotavento, muy cerca de los demás. Al punto desto, seria como dos horas de la noche, y en todos estos términos no se habló palabra de la una parte á la otra, ni desde que nací ví tan gran silencio en gentes. Visto, nuestro General acordó de hablar y dixo estas palabras á la Capitana francesa, que era la que mas cerca tenia: ¿«Que gente?; respondieron: Francia. Pues qué haceis en la tierra del Rey Don Phelipe, dexádmela libre y andad en horabuena; donde no, vedle qué quereis y determinais hacer?—Respondieron y dixeron—Cómo llaman el General de esa armada. Dixéronles Pero Melendez de Avilés. Y nuestro General mesmo pidió en réplica que le dixesen y nombrasen el nombre de su General, y dixeron que se llamaba el gran señor Gasto. (1)» Y durante estas palabras,

(1) Sin duda, por Gaston.

despidió la Capitana francesa un batel para su Almirante, y el que trajo el mensaje, diólo tan en secreto, que no oimos el mensaje que trajo; mas entendimos la respuesta del Almirante francés que dijo. «Yo soy el Almirante, mas antes morir. Por donde entendimos que le enviaba á decir que se rindiesen, á causa de tener poca gente; y acabado de decir los franceses aquesto, cortan las amarras y déxanselas en la mar, y dan las velas de trinquete y sálense junto con nosotros por medio de todos. Visto esto, nuestra nao Almiranta da trás la nao Almiranta francesa y dícele: «Amaina por el Rey D. Phelipe.» La respuesta que dió fue muy fea: manda luego nuestro Almirante tirarles un tiro con una media culebrina, y dale por medio de aquellos hijares, que pensé que iba al fondo, y dándole caza, desde á poco le tornamos á requerir que amainase; respondió. «Primero morir» pues dale; tornáronle á tirar con la misma pieza otro gran golpe, y destos llevó cinco ó seis; y como estos dimonios son tan argullosos (1) por la mar, diéronse tan buena maña, que ni prendimos á ninguno, ni destos golpes, ni de otros que nuestra Capitana les dió, no pudimos echar ninguno al fondo, mas de haberles tomado aquella noche una barca grande que se les quedó, que nos ha hecho harto provecho. Toda esta noche fué dando caza nuestra Capitana á la Capitana francesa, y nosotros á el Almiranta.

Miércoles por la mañana, cinco del dicho mes, cuando amaneció, fue tan grande la tormenta, un temporal nos dió, que pensamos ser anegados; y como nuestros navios eran pequeños, no osamos tornar la vuelta de la mar; volvimos hácia tierra, y como legua y media de tier-

(1) *Argullosos* parece que está por arguciosos ó astutos y lo mismo mas adelante.

ra, dimos fondo tres navios que veníamos; y estando sobre dos amarras, como era gran fuerza la del viento y de la mar, nos quebró la una, y quedamos pidiendo á Dios nos sustentase la otra, que á quebrársenos, no podiamos dejar de no dar en la costa y perdernos. Y como nuestra Capitana era grande y nos tomó dentro de la mar dando caza á los contrarios, por si pudiera coger alguno, no les dió tiempo, lugar de volver sobre nosotros para nos socorrer, porque estábamos en peligro de los enemigos. Esta misma tarde, como á puesta del sol, vimos venir una vela por alta mar, y tuvimos por entendido ser nuestra Capitana, que fue gran consolacion para nosotros; y desque estuvo cerca, reconocímos ser el Almiranta francesa, que nosotros habíamos tratado mal la noche antes, y tuvimos entendido que embistiera con nosotros; y no osó y fuése á surgir como á una legua de nosotros, hácia la parte de tierra. Aquella noche los pilotos de los otros dos navios estaban á par de nosotros; metiéronse en su batel y viniéronse á comunicar con nuestro Almirante, de lo que debia de hacer. Otro dia de mañana, entendiendo con la tormenta ser perdida nuestra Capitana ó á lo menos metida en la mar cien leguas, fuimos de acuerdo que, en siendo de dia, alzásemos los ferros y con buena órden nos viniésemos recogiendo á un rio, que estaba á sotavento de los franceses, y que allí tomásemos puerto y hiciésemos un fuerte, para nos defender, hasta que nos viniese socorro.

Jueves seis del dicho mes, luego como fue de dia, empezamos á dar la vuelta sobre la nao que estaba surta, yendo casi sobre ella, que sin falta la tomáramos; vimos asomar por alta mar un navio, y pensando todavia ser el nuestro, dábamos trás el Almiranta francesa; y de que

la venimos á reconocer, hallamos ser la Capitana francesa que nuestra Capitana habia corrido. Vístonos cercados de los dos, acordamos de dar trás la Capitana, mas por maña, porque no nos acometiesen, por no tener deseo de que nos esperasen. Y con estos ardides nos fuimos en demanda del rio y puerto que arriba dixe, donde fue Nuestro Señor servido y su bendita Madre que hallamos nuestra Capitana con otro navio, porque entre ellos habian acordado de hacer lo mismo que nosotros. Saltaron en tierra tres capitanías, que fue la una la del señor capitan Andrés Lopez Patiño, y la otra la del señor capitan Juan de San Vicente, que es un caballero harto principal; y fueron de los indios bien recibidos y les dieron una muy grande casa de un cacique, que está junto con la ribera del rio. Y luego el señor capitan Patiño y el capitan San Vicente, con su buena industria y diligencia, mandaron hacer una caba y foso en derredor desta casa, con mucho terrapleno de tierra y fagina, que es la defensa que hay en esta tierra, porque no hay una piedra, por señal, en toda ella. Tenemos dentro hasta hoy dia de la fecha de veinte y cuatro tiros de bronce, que el menor es de veinte y cinco quintales: está nuestro fuerte del de los enemigos como quince leguas. Fueron tan grandes las diligencias questos dos buenos capitanes hicieron con su industria, que con las uñas de sus soldados, sin haber otras herramientas, hicieron fuerza (1) para se defender, de manera que cuando el General se desembarcó, quedó espantado de lo que habia hecho.

Sábado ocho del dicho mes, dia de la Natividad de Nuestra Señora de Setiembre, se desembarcó el señor General,

(1) *Fuerza,* por fuerte ó fortaleza.

con muchas banderas tendidas y muchas trompetas y otros instrumentos de guerra, soltando mucha artillería; y yo como estaba en tierra desdel dia antes y tomé una cruz y salilos á recebir con el salmo de *Te Deum laudamus*, y el General vino derecho á la Cruz, con todos los demás que con él venian, y hincadas las rodillas por tierra, besaban la cruz; y estaban gran cantidad de indios mirando todas estas ceremonias, y así hacen ellos todo lo que ven hacer.

Este mesmo dia el General, mi señor, tomó la posesion desta tierra por S. M., y todos los capitanes lo juraron por General y Adelantado de toda esta tierra; y esto acabado de hacerse, ofreció á todos los señores capitanes de hacer por ellos todo lo que pudiese hacer, especialmente por el señor capitan Patiño, que ha servido en esta jornada bien á Nuestro Señor y á su Rey, y entiendo que debe de ser muy bien galardonado, porque mediante su buena diligencia y el no dormir, se ha hecho un fuerte con que nos defenderemos hasta que venga el socorro de Santo Domingo y de la Habana, que los esperamos por horas. Estaremos ahora en el fuerte como seiscientos hombres de pelea, y los franceses serán otros tantos y algo mas: dado le tengo por mi parecer al señor General que por todo este invierno no acometa otra vez los enemigos, sino que rehaga su gente y espere el socorro, que por horas esperamos, y los destruirá; es tan amigo, que no sé si lo ha de hacer.

Ha usado Dios y su bendita Madre otro tan gran milagro con nosotros, y es que despues que nuestro buen General desembarcó en este fuerte, luego otro dia nos dixo que no podia sosegar, por ver que su galeaza, con otro navío solo, estuviesen fuera del puerto surgidos,

como una legua en la mar; y esto era por no poder entrar en el puerto á causa de los grandes bajos; y que estaba temeroso no viniesen los franceses y diesen sobre ellos y los tratasen mal. Y luego como esto imaginó, se partió para su galeon con cincuenta hombres, y mandó que una de tres chalupas, que tenemos metidas en el rio, se partiese luego para traer los mantenimientos y gente que la galeaza tuviese; y luego otro dia como la chalupa llegó á bordo de la galeaza, metieron la mayor parte de los mantenimientos que pudieron y mas de cien hombres que en ella estaban por desembarcar y volviéronse la vuelta del puerto; y antes que llegasen á la barca con media legua, les dió una calma tan grande, que no pudieron navegar, y echaron el ferro y dexáronse estar toda aquella noche; y luego como queria amanecer, alzaron el áncora el Piloto de nuestra chalupa, porque iba ya hinchendo la mar para poder entrar por la barra; y luego que fue de dia y pudieron ver, hallaron á sus espaldas, por la popa de nuestro navío, dos navíos franceses, que aquella noche habian venido en su demanda, y si luego que llegaron los franceses acometieran, habian muy gran presa, porque los nuestros venian desapercibidos de armas y nos llevaban los mantenimientos. Como los nuestros reconocieron con el dia ser franceses, pusiéronse en oracion á nuestra Señora de Consolacion, que estaba en Utrera, pidiéndole socorro de un poquito de viento, porque ya los franceses venian sobre ellos, y pareció que ella mesma llegó al navio, y con un poquito de viento que se bulló, entró el navío por la barra, de suerte que la chalupa acabada de entrar y los franceses de llegar, y como es barra y baja y sus navíos eran grandes no pudieron entrar, y de esta manera nuestra gente y bastecimientos

entraron á salvamento. Y juntamente con estos dos navios como abrió el dia se descubrieron otros cuatro navios de los mesmos enemigos, aunque algo mas lejos, y estos eran los mesmos que hallamos en su puerto la noche que sobre ellos allegamos, que arriba tengo referido, que venian apercibidos de gente y artillería y venian á dar en nuestro galeon y sobre el otro navío que estaban solos y fuera. Y para esto proveyó nuestro Señor de dos remedio: el primero fue que aquella mesma noche acabado de meter los mantenimientos, que tengo digo, y gente, luego como á la media noche, sin ser sentidos de los enemigos, el galeon y la nao compañía que con él estaba dieron las velas y se fué la una la vuelta de España y la otra la vuelta de la Habana para traer el armada que allá estaba, y desta manera se quedaron sin la una presa y sin la otra: lo segundo y que mas contento nos dió, fue que luego otro dia desde haber pasado lo que dicho tengo, vino un huracan y tormenta tan grande, que no puede dexar de ser perdidos y la mayor parte de los franceses por la mar, porque los tomó en la costa mas brava que hasta hoy yo tengo visto, y muy llegados á tierra, y si los nuestros, digo el galeon y su compañía, no se han perdido fue por salir á la media noche, que ya cuando la fuerza de la tormenta vino, no podian dexar de estar mas que doce leguas en la mar y desta manera tendrían lugar de poder correr y avudarse hasta que Dios proveyese de otro tiempo.

Nuestro buen General como es tan argulloso en las cosas de la guerra y tan enemigo de franceses, especialmente destos pues tanto les va, visto las señales que arriba tengo dicho, llamó á sus capitanes y trató con ellos que derminaba, con quinientos hombres, ir á dar so-

bre los franceses; y aunque tuvo contradicion de la mayor parte de los capitanes y de mí y de otro clérigo questamos deputados para las consultas, dixo que él se resumia en que lo habia de hacer.

Lunes diez y seis de Setiembre, se partió con quinientos hombres con mucha arcabucería y piquería, y cada uno de los soldados con un saquete de pan acuestas, que llevaria una docena de libras, y una bota de vino, para el camino, y llevaron dos caciques indios, que eran grandes enemigos de los franceses, para que les enseñasen y alumbrasen el camino. Y segun la práctica de estos indios y por las señas y órden que nos lo daban á entender, entendíamos estar cinco leguas del fuerte de los enemigos; puestos en el camino, remanece haber mas que quince y de el mas mal camino que el sol se calienta, pues todo lo han caminado, segun una carta que hoy diez y nueve del dicho mes recibimos del señor General, en que dice que la menos agua que han llevado por el camino ha sido á la rodilla, y por montes muy espesos, y que mañana jueves veinte, como á la alborada, les pensaba dar el salto sobre el fuerte á los enemigos. Su ánimo y celo bueno es, pero holgára que, lo llevára con una poca mas de flema, porque me parece que para conseguir lo que pretende, hiciera muy al caso y aun para el servicio de S. M. Real, que es á quien mas va. Los temporales, despues que los nuestros partieron, han sucedido los mas infortunios y tempestuosos de aguas y tormentas que hasta hoy he visto. Plega á la Divina Magestad nos acompañe y socorra, como sabe que lo hemos menester.

Hoy miércoles en la tarde, diez y nueve, enviamos deste fuerte veinte hombres, cargados con mantenimien-

tos de pan y vino y ciertos quesos, pero han sido tantas las aguas que sobre ellos han dado, que no sé el cómo han de poder llegar donde está el General, mi señor, y su exército; confio en mi Dios lo hará como conviene, para que podamos ensalzar su sancta fée cathólica y destruir estos herejes.

Hoy sábado veinte y dos del dicho mes, por la mañana, en acabando de decir la misa de Nuestra Señora, mandó el Señor Almirante, á nuestro pedimento, á ciertos marineros que fuesen á pescar, porque no era dia de grosura, comiésemos los clérigos algun poco de pescado; y llegando á el lugar y playa donde querian echar la red, vieron entrar un hombre; y saltaron en tierra, yéndose para él, alzo una bandera, que es señal de paz, y llegando á él, lo prendieron, y era francés de nuestros mismos enemigos, y truxéronlo preso á nuestro campo, y el turbado, creyendo que lo habíamos de ahorcar, estaba muy lloroso y afligido. Y yo le pregunté que si era cristiano, él dixo que sí, y dixo las oraciones; y visto esto, lo consolé y le dixe que no tuviese pena ni miedo, tratando verdad de todo lo que fuere preguntado, y él lo prometió. Qué de donde venia y que buscaba, dixo que era de los franceses que estaban en el fuerte y que su General le habia mandado á él con otros quince en una fragata, hoy há ocho dias, y que viniesen á reconocer nuestro puerto y que diesen y sintiesen lo que hacíamos; ellos en cumplimiento desto, vinieron por la costa, y llegando á la boca de nuestro puerto, envió Dios Nuestro Señor una tormenta y huracan tan deshecho, y que por huir dél y de nuestro puerto, procuraron tenerse á la mar y no pudieron, tanto que la braveza de la mar y gran furia de viento los echó á la boca de otro rio, questá cuatro leguas de

nosotros sobre la banda del Sur, donde la fragata se perdió, y dellos se ahogaron los cinco. Y otro dia amanecieron sobre ellos los indios, empezaron á dar sobre ellos y mataron los tres á palos, y este y otro dieron de huir por el monte, y se metieron en un hoyo, donde se escaparon; y despues desto, luego otro dia, acordaron de venirse la vuelta de la mar, y metiéronse por el agua, que sola la cabeza traian de fuera, y desta manera llegaron ayer viernes, dia de San Matheo, á la boca del rio. y el otro compañero se determinó de echar á la mar y pasar de la otra parte por irse por allí á su puerto, que se puede ir muy fácilmente, pero segun es el rio ancho, y bravo que andaba, yo tengo que se ahogó: dice tambien, que de los demas compañeros no sabe ni mas los vido. Luego despachamos diez hombres, soldados y marineros, para que fuesen á correr la tierra en busca de los otros compañeros y traer la fragata, que no nos aprovechára poco. Dice que, entre toda la gente que en el fuerte está, serán setecientos hombres, que la tercia parte son luteranos, y mas que tienen dos clérigos que les predican la seta luterana, y que en su Real hay ocho ó diez españoles y que, los tres, hallaron entre los indios, vestidos de sus pellejos y labrados los cuerpos como ellos, que fueron de cierto navio que se perdió en esa costa, y como há tantos tiempos no ha portado gente, hánse quedado con los indios y casados algunos dellos; dicen que tienen cierta cantidad de vacas y carneros y puercos para multiplicar; dice que su armada llegó, no veinte dias antes que la nuestra, y que toda la artillería y municiones que traian no habian desembarcado mas que doscientos quintales de vizcocho y doscientas hanegas de trigo y cierta carne y otras cosas, de que recibimos algun contento; porque si

Dios Nuestro Señor da buen suceso á nuestro General, como creo que se lo dará, todo ha de redundar en nuestro provecho, y lo principal, que mas nos conviene, es que dice que metieron en cuatro navios mas de doscientos hombres para venir en nuestra busca, y que mas no han vuelto; y segun este, deben ser perdidos, porque despues que salieron, han tenido dos tormentas, las mayores que yo he visto.

En este mismo dia, sábado, como á medio dia, vista la relacion del francés y como quedaba la fragata zabordada (1) en tierra, mandó el señor Almirante á diez hombres soldados y marineros que, en un batel, fuésen bien aderezados donde estaba la fragata y la sacasen y truxesen, y ansi se puso por obra. Y llegando nuestros diez hombres junto á el lugar donde estaba la dicha fragata, salieron á ellos mucha cantidad de indios, y temiéndose que no los flechasen, tuvieron por bien de se volver, viendo en el mismo lugar donde llegaron quince franceses muertos de los indios, que eran de los que habian venido en la fragata.

Lunes veinte y tres del dicho mes, enojado el Almirante de como los diez hombres volvieron sin la fragata, mandó esquifar un batel y como una docena de hombres, y fuése por el rio arriba á descubrir lo que habia y si habia algunos pueblos de indios; de ventura, halló salida para la boca del rio donde se habia perdido la fragata, y anduvieron hasta dar con ella; y desque los indios reconocieron ser españoles, los recibieron muy bien y les ayudaron á sacar la fragata Y el martes, como á las nueve de la mañana, entraron por este puerto con ella, y luego como los ví y reconocí ser ellos, mandé repicar

(1) *Zabordada*, encallada ó varada en tierra.

las campanas y haber mucho regocijo por el Real. La fragata es una pieza muy provechosa para nuestro propósito, porque es como una galeota de quince uncos (1) para todo servicio.

Nuevas de gran regocijo, dignas de ser contadas.

Este mesmo dia, lunes, como una hora despues de haber entrado el Almirante con su presa de la fragata, vimos venir un hombre dando grandes alaridos; y el primer hombre, que á el salió para ver las nuevas, fuí yo, y me abrazó con gran regocijo, diciendo: «victoria, victoria, que el puerto de los franceses es ya nuestro.» Yo le prometí sus albricias y se las dí lo mejor que pude.

Ya en los capítulos que arriba dixe, como nuestro buen General se determinó, contra muchas opiniones, de ír sobre los franceses, por la banda de tierra, con quinientos hombres, como lo hizo, y como esta es empresa de mi señor Jesu-Cristo y de su bendita Madre, el Espíritu Santo alumbró el entendimiento de nuestro buen General, para que se hiciese á nuestro salvamento y con tan gran victoria. Como siempre el Adelantado, mi señor, ha sido tan argulloso y diligente en la guerra y en sus cosas y ha dado tan buena cuenta de sí en todas las cosas que por S. M. le han sido encargadas, no menos lo ha dado ni dará en esta empresa, tan importante á la corona Real, y hálo hecho con un ardid y diligencia, cual nunca príncipe en el mundo lo hizo, no faltando su persona y favor de la presencia de sus capitanes con los demas soldados, animándolos y esforzándolos con un ánimo

(1) *Uncos*, creemos sean gárfios ó áncoras: del latino, *uncus*.

valeroso, que solo sus palabras, sin que hubiera otros regalos, bastaba por mantenimientos, para cualquier soldado pelear como un romano. Y para que mejor se términos que pueda gustar desta victoria, quiero dar cuenta de algunos pasaron en esta jornada, porque se entiende que sólo mi Dios y su Madre hicieron esta jornada sin fuerzas de hombres, contra estos enemigos de su santa fée cathólica. En el capítulo, que destotra parte tengo referido, digo como, á diez y seis del presente mes de Septiembre, salió nuestro buen General con quinientos hombres, arcabuceros y piqueros y dos caciques indios, que los iban mostrando el camino del fuerte de los enemigos; estuvieron en el camino, hasta llegar á ellos, tres dias. Entenderá el señor lector que, desde el dia que mi buen General y sus soldados salieron deste puerto, llevaron el agua hasta los pechos y pasaron tres rios á nado, y pasábalos, desta manera: los que sabian nadar pasábanse delante y ataban las picas y traian á los otros por el agua; y desta manera fuéron todo el camino, hasta el miércoes en la noche diez y ocho, que llegaron como un cuarto de legua del fuerte de los enemigos, y estuvieron toda aquella noche metidos en un pantano de agua hasta la cinta, y cuando vino amanecer, ya el capitan Andrés Lopez Patiño y el capitan Martin Ochoa habian ido á descubrir el fuerte, y cuando quisieron arremeter, estaban la mas gente tullida de las muchas aguas que habian recibido así del cielo como de la tierra. Y como tuvieron lumbre para ver lo que hacian, jueves por la mañana, nuestro buen General con su yerno Pedro de Valdés y el capitan Patiño fué á su lado, fué á arremeter, dió para el fuerte de los enemigos con un ánimo tan grande, que no parecia haber pasado por ellos traba-

jo ninguno; y como los demas vieron esto, cobraron ánimo y todos, sin faltar ninguno, hicieron lo mesmo. Háse de notar que los enemigos nunca jamás los sintieron, hasta que dieron sobre ellos; y como era de mañana y llovia con grandísima tormenta, la mayor parte no estaban levantados de las camas, y unos salian en cueros y otros en camisa, diciendo: «yo me rindo, señor;» y no embargante, hubo una matanza de ciento y cuarenta y dos; los demás, que habian á cumplimiento á trecientos, salieron huyendo por las murallas, y fuéronse los unos para el monte y los otros se recogieron para unos navíos que tenian en el rio con hartas riquezas, por manera, que dentro de una hora, estaba el fuerte por nosotros, sin faltar de nuestra parte hombre ni aun herido. Estaban en el rio seis navíos: tomóse un bergantin y una galeota, aunque no estaba acabada; tomamos otro navío, que estaba varado y descargado dehartas mercaderías; de los otros tres, estaban los dos á la boca de la barra para defendernos la entrada, diciendo que habíamos de venir por la mar; el otro estaba junto al puerto, cargado de vinos y de otras cosas, no se quiso rendir, sino daba las velas; tiráronla un tiro de los que ellos tenian en su fuerte, y echáronla á fondo, pero está en parte donde ni el vaso ni lo que en él está se perderá. Hallóse en el despojo muchas cosas y muy buenas, que fueron ciento y veinte coseletes muy buenos, trescientas picas, muchos arcabuces, muchas celadas, muchas ropas de vestir y muy buenas, muchos lienzos, muchos paños y (1) cariscas, mu-

(1) *Cariscas*: ignoramos lo que significa esta voz, que está así escrita en la nota de Muñoz, que publicamos. Pudiera ser equivocacion por *coriseas*, y en este caso, tal vez significára *curtidos* ó *cueros*, del latino *corium*.

chas telillas finas, docientas pipas de harina, mucho bizcocho, mucha manteca, carneros y puercos aunque no muchos; tres caballos, cuatro borricos dos hembras, docientas hanegas de trigo, horno y atahona y otras muchas cosas, que por no ser prolixo, dexaré para su tiempo, siendo Dios servido. Y la mayor riqueza, que deste negocio yo siento, es la victoria que Nuestro Señor nos ha dado, para que su Santo Evangelio sea plantado y predicado en estas partes, donde tanta necesidad dél habia, para remedio de tantas ánimas como aquí están perdidas.

Halláronse gran cantidad de libros luteranos, halláronse muchas barajas de naipes con la figura de la hostia y cáliz por las espaldas, y muchos sanctos con cruces acuestas en los otros naipes, burlando y escarneciendo de las cosas de la iglesia. Murió entre estos un luterano que aquí tenian estos, gran cosmógrafo y nigromántico y otros mill cosas malas que tenia y habia sido fraile; de manera que hoy lunes, veinte y cuatro del presente, como á hora de vísperas, entró nuestro buen General, acompañado de cincuenta soldados, á pié y despeado y muy cansado, él y todos los que con él venian. Sabida la nueva, fuí luego á todo correr á mi casa, y saque una ropa nueva, la mejor que tenia, y una sobrepelliz, y tomé un crucefixo en mis manos, y salílo á recebir un trecho antes que llegase á este puerto: y él como caballero y buen cristiano, antes que el llegase, se hincó de rodillas con todos los demás que con él venian, haciendo muchas gracias á Nuestro Señor por las grandes mercedes recibidas, y desta manera, yo y mis compañeros nos venimos delante, cantando en procesion, por manera que él fue recebido con gran regocijo de nosotros y nosotros dél. Es

tan grande el celo que en cristiandad tiene, que todos estos trabajos son descanso para su espíritu; que cierto me parece que, segun lo que él ha trabajado, no hubiera fuerzas de hombre humano que tal hubiera sufrido; pero el fuego y deseo que tiene de servir á Nuestro Señor en abajar y destruir esta seta Luterana, enemiga de nuestra sancta fée cathólica, le hace el no sentir tanto el trabajo. Pues si queremos decir de un hermano suyo que consigo truxo, que se dice el capitan Bartholomé Mendez, no menos celoso en ensalzar nuestra sancta fée cathólica y obedecer los mandamientos de su buen hermano y General nuestro, será uunca acabar; que cuando el General, mi Señor, salió deste fuerte para ir á dar sobre los enemigos, le dexó encargada la gente y fuerza que aquí quedaba, representando su mesma persona; y era tan grande la diligencia que traia en todo el tiempo que su hermano caminó y estuvo sobre sus enemigos, que nunca le ví desnudo ni en cama acostar, poniendo centinelas por parte de la mar y de la tierra, de parte de noche y de dia se ocupaba, él y todos sus soldados, en hacer las fuerzas y fuerte, y las noches que teníamos rebatos, que no fueron pocas, el primer hombre que salia, armado de punta en blanco con celo de servir á Dios y á su Rey, era él; y las palabras que decia en ausencia de su hermano, bastaban para animar y consolar á todo su exército para que, aunque les faltára el mantenimiento, peleáran como romanos; pues si queremos decir en los contrastes y tormentos que en la mar tuvimos, dignos de temer, era tan valeroso el ánimo que este buen Capitan mostraba, y que animaba y esforzaba muchos pilotos y marineros que hiciesen el deber en su oficio, para en tiempo de tan gran peligro como nos vimos; y aun si fue-

ra menester ir por las saletas de arriba (1), para remedio de la gente que á su cargo venia, él era el primero; y por evitar prolixidad, no pasaré adelante con las obras y cosas que á este buen varon he visto hacer, que cierto eran dígnas de memoria. Pues si me quisieren preguntar por el Maestre de Campo, un caballero muy principal, yerno del señor General y deudo muy conjunto del Arzobispo de Sevilla, mancebo de hasta veinte y cinco años, de muy gentil presencia y persona de hombre y no menos ánimo, y es muy diligente y avisado en todas las cosas, especialmente en las cosas de guerra, y á esta causa el General, mi señor, le ha traido siempre á su lado; y en la entrada del fuerte y toma de los enemigos, este buen caballero fue de los primeros que arremetieron, á el lado de su suegro, y en la matanza que hubo, de los que mejor se señalaron; y visto por el General, mi señor, cuan valerosamente lo habia hecho, acordó, cuando dió la vuelta para nuestro fuerte, dexallo por Gobernador en el fuerte que ganaron á los enemigos, y háse dado tan buena maña, que en breve tiempo ha tornado con su gente á fortaleza el fuerte, haciéndole una cava en redondo y un caballero (2) hacia la vuelta de la mar, que si la mitad en Francia viniese, no le bastaria enojar.

Despues de acontecido lo de hasta aquí, en viernes pasado, que se contaron veinte y ocho de Setiembre del dicho año, estando el señor General descansando la siesta un poco, del mucho trabajo que habia llevado, vinie-

(1) Así en el original: presumimos que será error de oido en el copiante, en vez de: *ir por las aletas arriba.*—*Aletas,* en náutica, son los dos maderos corvos que forman la popa de un buque.

(2) *Cava,* foso.—*Caballero,* fuerte interior que se levanta sobre el terraplen de la plaza.

ron ciertos indios á este Real; por señas nos dieron á entender que en la costa, hácia la banda del Sur, estaba un navio de franceses perdido y anegado; y luego nuestro buen General mandó á su Almirante que esquifase una barca y tomase cincuenta soldados y fuése por el rio arriba, á salir á la mar, y descubriese lo que habia. Esto hecho, como á dos horas, el General, mi señor, me mandó llamar, y como tiene tanto ánimo, especialmente para esta empresa me dixo: «Mendoza, paréceme que no lo he acertado en no haber ido con aquella gente. Yo le repliqué: V. S. lo ha acertado, y cuando V. S. otra cosa quisiera hacer, yo y los demás criados de V. S. se lo impidiéramos por evitar el peligro que á su persona pudiera recebir.» Y mientras mas yo blandeaba con estas palabras, su ánimo no le dexaba, y resumidamente dixo que él queria ir, mandándome á mí y á ciertos capitanes que allí estaban que fuésemos con él, que todos seríamos hasta doce hombres, y en un batel nos fuimos trás de nuestra compañia, con dos indios que nos guardaban. Y desque salimos del rio, para ir la vuelta de la mar en busca de nuestros enemigos, caminamos mas que dos leguas por unas breñas llanas, y ordinariamente el agua hasta los pañetes, (1) y nuestro buen General siempre por delante. Salidos que fuimos á la mar, marchamos como tres leguas atrás por la marina, en demanda de nuestra compañia, que serian las diez de la noche cuando dimos con ellos; y así los unos con los otros nos alegramos de nos haber hallado juntos. Desde allí víamos los fuegos que los enemigos hacian; nuestro buen General mandó á dos soldados que

(1) *Pañetes*, calzoncillos cortos que solo llegan á la mitad de la pierna: equivale, pues, á decir que iban con agua hasta media pierna.

fuésen por la breña á reconocer los enemigos y á ver el sitio y lugar donde estaban, para ver lo que sobrellos se debia hacer; los soldados fuéron, y como á dos horas volvieron, y dixeron que los enemigos estaban de la otra parte del rio y que no les podíamos allegar. Luego el señor General mandó á dos soldados, con cuatro marineros, la vuelta donde habíamos dexado las barcas, para que las llevasen por el rio arriba, para poder pasar á el sitio y lugar donde estaban nuestros enemigos; luego mandó marchar la gente la vuelta del rio, y antes que amaneciese llegásemos. Y en una quebrada nos escondimos con los indios que llevamos, y cuando rompió el dia, vimos muchos de los enemigos andar por la parte del rio, pescando marisco para comer, dende á poco vimos sacar una bandera y estenderla en manera de guerra. Nuestro buen General, que todo aquesto via, alumbrado por el Espíritusanto dixo:» señores, yo acuerdo de tirarme estos vestidos y ponerme en hábito de marinero y sacar este francés conmigo (que era uno de los que traíamos de España) y salir á hablar á estos franceses; quizá estarán desbaratados de tal suerte, que se quieran rendir sin pelear.» Y ansí como lo dixo, lo puso por obra, y desque empezó á dar voces, uno de los enemigos se echó á nado y vino á hablar con el General y le dió á entender el barate y destruicion que tenian y de como estaban perdidos, y que habia diez ó doce dias quen comen bocado de pan; y ultra desto, confesó que todos ú la mayor parte eran luteranos. A este envió el señor General la vuelta de sus compañeros, que les dixese de su parte que se rindiesen y le truxesen las armas, donde no, que los meteria á todos por el cuchillo. En respuesta desto, vino un gentil hombre francés, sargento, y truxo un mensaje

del Real de los enemigos, en que pedian que se les otorgasen la vida y que rendirán las armas y entregarán las personas; y despues de mucho parlamento entre él y nuestro buen General, respondió y dixo que no les queria dar tal palabra, sino que truxesen las armas y sus personas, para quél hiciese á su voluntad, porque si el les diese la vida, queria que se lo agradeciesen, y si la muerte, que no se quejasen de habérsela quebrantado. Visto que no podian hacer otra cosa, se volvió á su Real, donde á poco espacio vinieron todos con sus armas y banderas y las entregaron á su Señoría, y pusieron las personas en su poder para que hiciese á su voluntad. Visto qué todos eran luteranos, determinó su Señoria de condenarlos á muerte; y yo por ser sacerdote y tener entrañas de hombre, le pedí me otorgase una merced, y fue que los que hallásemos cristianos no muriesen y ansí se me otorgó; y hecha la diligencia, hallamos diez ó doce, y estos truximos con nosotros, todos los demás murieron por ser luteranos y contra nuestra santa fée cathólica. Todo lo susodicho pasó sábado, dia del Señor S. Miguel, que se contaron veinte y nueve de Setiembre, que se contaron mill quinientos sesenta y cinco años. La cantidad destos luteranos, que murieron, fueron ciento y once hombres, sin catorce ó quince que presos truximos.—Y yo Francisco Lopez de Mendoza Grajales, capellan de su Señoría, doy fée que todo lo susodicho pasó en realidad de verdad.—Francisco Lopez de Mendoza Grajales.